

Á UN CURA DE ALDEA

Fiel pastor del rebaño de las almas,
que á los celestes manantiales llevas
el tropel de mujeres y de niños
cuando á la santa copa el labio acercan;

De la palabra de Jesús divina
asiduo sembrador, que á manos llenas
arrojas la simbólica mostaza,
que en nuestro corazón da la cosecha;

Médico del espíritu afligido,
que auscultas sus recónditas dolencias,
y le das por alivio la esperanza,
y hasta la muerte misma en vida truecas;

Trovador de la lira soberana,
que cantas del Señor en la presencia,
y en los latidos de tu honrado pecho
numen inspirador buscas y encuentras;

¿Temiste acaso que á tu acento amigo
no se abriría para ti mi puerta,
para ti, que los ángeles escoltan,
llevando en pos patriarcas y profetas?

¡Oh, ven, si mi camino es tu sendero!
Mi hospitalario umbral no te detenga;
en el nombre de Cristo, que te envía,
tu bastón de nogal suene en sus piedras.

Corriendo irán para lamer tus manos
mis perros; las palomas que aletean
en mi ventana, al techo temerosas
el vuelo no alzarán cuando tú vengas.

Hasta mis enjaulados pajarillos,
¡oh apóstoles benditos de la tierra!,
os miran con amor, y reconoce
mi sonoro aldabón la mano vuestra.

Hijo del campo, amé desde la infancia
al enlutado labrador, que encierra
su callada mansión entre los muros
del camposanto y la vecina iglesia;

Amé su alegre y reducido huerto
que los frondosos avellanos cercan,
y en cuya blanda alfombra de hojas mustias
la planta de los pobres traza sendas;

Su campana, diciendo á todas horas
á los que aturde mundanal contienda,
que Dios está en la aurora y el ocaso,
que Dios está en la luz y en las tinieblas;

Sus blancas vestiduras del domingo,
cuando un coro de niños lo rodea,
y van las orlas cándidas del alba
barriendo el polvo de las losas tersas;

El perfume de rosas y de mirra
que desprende al pasar; su voz severa
hablándonos de cosas que no bastan
nuestros míseros ojos para verlas.

Cuando la húmeda frente sobre el surco
encorvan los demás, en la obra eterna
él trabaja de Dios, por un salario
que no es el pan que á todos nos sustenta.

El agua que nos brinda, sed apaga
que no es la sed que nuestras fauces quema;
y de todos los frutos de este mundo
solamente el incienso recolecta.

Pasa mi umbral; el cinturón descíñe;
siéntate en el hogar de los poetas;
si son la voz del orbe, su incensario
eres tú, que ante Dios arde y humea.

¿Qué te importan los signos diferentes
con que su santo nombre escrito veas,
si ese nombre es leído y venerado,
y en todos los espíritus penetra?

Cuando sus pensamientos escribía
 Jesús con su bastón sobre la arena,
 no lloró, si las alas sacudiendo,
 borraba el ave las trazadas letras.

Cuando el Cordero, víctima del mundo,
 cuyo vellón tus hábitos te diera,
 en las colinas áridas, él mismo
 apacentaba humilde sus ovejas,

De las santas piscinas de su padre
 no apartó nunca su piedad suprema
 la pobre res extraña, que mordía
 errante en el erial las zarzas secas.

Y cuando las espigas olvidadas
 buscaba, aún niño tierno, en la maleza,
 y su pobre hacecillo al sacro templo
 llevaba, cual primicias de la siega,

Juntaba y ofrecía en holocausto
 al Padre nuestro que en los cielos reina,
 las plantas de perfumes más distintos
 y las flores de galas más diversas.



A. V. ARNAULT

LA HOJA

De la materna rama desprendida,
 ¿adónde vas perdida,
 hoja marchita y seca?—No lo sé:
 el fuerte roble que me dió la vida
 murió, y suelta quedé.

Voy, desde aquel momento,
 adonde quiere conducirme el viento,
 blanda brisa ó indómito aquilón;
 juguete de su aliento
 todos mis vuelos son.

Voy en fugaz carrera
 del bosque á la pradera;
 subo al monte empinado, y sin cesar,
 descendiendo la rápida ladera,
 por el llano otra vez vuelvo á rodar.

Sin quejas enojosas,
 á mi destino fiel,
 yo voy adonde van todas las cosas,
 adonde van las hojas de las rosas,
 adonde van las hojas del laurel.

CASIMIRO DELAVIGNE

SOBRE LA LIBERTAD

A LAMARTINE

Triste cautivo en doloroso lecho,
cuyas dobles cortinas
conmigo encierran en rincón estrecho
las fiebres asesinas;
harto ya de tisanas y jarabes
que mis secos pulmones
en vano inundan con sus riegos suaves,
mi abrasador aliento
lanzaba yo entre rudas convulsiones,
cuando vienen—¡feliz medicamento!—
á salvarme tus rimas. A ti solo
debo el remedio tardo;
por él sé que es mejor médico Apolo
que su docto bastardo;
que no hay poder que su poder iguale,
y á esa evidencia mi tributo rindo,
proclamando que más el dios del Pindo
que el de Epidauro vale.

Me comprendiste bien: la que proclamo
libertad santa, y reverencio y amo,
la que conmueve mi alma y la apasiona
con su viril beldad, y á cuya trente
ciñó mi Musa efímera corona;
la libertad, broquel del inocente,
azote de malvados y perversos,
es la que invoca austero y elocuente
Sócrates en tus versos;
la que Mesenia con esfuerzo rudo
defendió en lid gloriosa;
la que buscó Venecia recelosa,

y sólo su fantasma abrazar pudo.
Ella arrojó de Helvecia á los germanos,
y aun la flecha de Tell vibra en sus manos.

Para mandar nacido,
el hombre, á toda servidumbre ajeno,
y hacia el bien ó hacia el mal siempre atraído,
de Dios la libertad ha recibido
para elegir lo bueno.

Abuso infame es la licencia abyecta,
de un derecho sublime;
la libertad gobierna justa y recta,
y la licencia oprime.

Ella su frente impúdica y liviana
disfrazó á nuestros ojos engañosa
con máscara romana,

y de la libertad tomando el nombre,
el homenaje digno de la diosa
robó al incauto corazón del hombre.

Fatal es todo exceso,
hasta el de la razón. El bien más grande
trueca en mal el abuso. Mas, por eso,
¿el uso proscribir hay quien demande?
¿Qué beneficio el mundo ha recibido,
qué sabia ley, qué sentimiento hermoso,
excepto la amistad, que, pervertido,
en virus no se trueque ponzoñoso?

La noble emulación, que franca lidia,
lleva en pos arrastrándose la envidia;
tras la prudencia va con paso lento
el recelo, medroso y macilento;
á la filosofía presuntuosa

(como me lo contaron te lo cuento)
la frente se le hinchó de la penosa
cavilación sutil; como granada
se abrió, y moviendo controversia y cisma,
salió de ella el sofisma.

De Euclides y Pascal nació, engendada
por el mucho saber, la estéril duda,
que mirándolo todo, no ve nada;
de la indulgencia, que la falta escuda,
la flaqueza surgió, blanda y cobarde;
la justicia, si extrema sus rigores,
es cual venganza de funesto alarde.

¡Cuánta arrancó el tormento á los dolores

mentida confesión! Menos airada,
 es hoy Temis más justa;
 pero aún se tuerce su balanza augusta;
 aún hiere incierta su temible espada;
 aún en el atrio que á sus aras guía
 se embosca la curial trapacería;
 aún á los desdichados que pleitean
 sus propios defensores los saquean,
 como en la selva criminales bandas;
 y hay algún juez, de los que más gallean,
 que, si el ropón severo le arrebató,
 hallo bajo las negras hopalandas
 un pobre mentecato.

¿Qué hacer? ¿De la justicia hundir el templo?

¿Vengadores rasgar toga y birrete?

Pero ya, en pleno día,
 al bandido contemplo
 que audaz é impune contra mi arremete;
 y miro alzar los brazos,
 dos litigantes en brutal porfia
 dirimiendo el litigio á puñetazos.

¡Noble, hermosa, marcial Caballería!
 Tu estandarte esplendente
 la luz nos trajo del remoto Oriente.
 Como Ariosto, cantor de tus victorias,
 amo ensalzar tus glorias,
 y tu justicia errante,
 que de las leyes fué siempre delante;
 y tus justas, que alegres muchedumbres
 gozosas contemplaban,
 y tus Cortes de Amor, que suavizaban
 nuestras rudas costumbres.

Pero también á veces tus caudillos,
 cerrando, lanza en ristre, algún sendero,
 robaron al inerme pasajero,
 pusieron á las bodas diezmo odioso,
 y en sus negros castillos,
 escarneciendo al infeliz esposo,
 gozaron bien segura
 de una joven pechera la hermosura.
 Porque á tales extremos
 llevaron sus indómitas pasiones
 al déspota teudal, ¿arrancaremos
 de nuestra patria historia los blasones?

¿Sombras son esas al perfil gallardo
 de Roldán, de Glesquin ó de Bayardo?

De heroica abnegación manantial puro
 fué el amor santo á los antiguos reyes;
 mas, si en raudal furioso convertido,
 rompe el cauce inseguro,
 atropella las leyes,
 el derecho, el honor y el buen sentido,
 toda injusticia arrostra,
 y al pie de un hombre las naciones postra.
 Esta experiencia una lección encierra,
 y es que en toda la tierra,
 y más, amigo mío, en nuestra Francia,
 país de la ilusión y la inconstancia,
 va la razón entre uno y otro exceso,
 y si un punto, no más, se descamina,
 el ansiado progreso
 es lucha horrible y espantosa ruina.
 Tal al tranquilo arroyo, que fecunda
 con claras linfas la feliz ribera,
 lo trueca la borrasca en onda fiera
 que los campos inunda,
 y arrastran sus raudales destructores,
 en fango envueltas, las marchitas flores.
 Si así al mal el exceso abre la puerta,
 si no hay virtud que en vicio no convierta,
 ¿por qué á la libertad, de injusto modo,
 culpas achacas que lo invaden todo?
 No arranqué el gorro frigio de su frente;
 no lo llevó jamás. Nublan las sombras
 de una vana apariencia
 tu espíritu valiente,
 y al pintar la licencia
 la libertad alucinado nombras.
 ¿Qué dirás cuando airado te conteste
 colérico censor, y á la celeste
 inmortal virgen, á quien rindes culto,
 culpe de aquel espíritu inhumano
 de odio implacable y de rencor oculto,
 que en Constanza el Concilio presidiera,
 la roja tea en la iracunda mano,
 y encendió de Juan Huss la horrible hoguera;
 que la divina tiara
 en las sienas de Borgia colocara;

que en el Louvre sombrío
 atizaba el complot que armaba impio
 de una reina devota el negro encono,
 y al estallar las luchas fratricidas,
 con balas bendecidas
 cargaba el arcabuz de Carlos Nono;
 que, la tétrica frente persignando,
 para inmolar al Bearnés, con lento
 andar y paso blando,
 se escapó de un convento;
 que, con seglar levita,
 se encarama á la cátedra sagrada,
 y los sermones de Loyola imita;
 que de tantos canónigos felices
 disimula la hartura regalada
 con las sobrepellices,
 y al predicar ayunos,
 de su triple papada
 hace temblar los pliegues importunos;
 que ocultando el bonete,
 de incógnito en la Bolsa se entromete,
 y, si logra tan alto privilegio,
 se resigna á ocupar el sillón regio
 de Richelieu? Pero ese fanatismo
 es el abuso criminal y odiado
 que condené yo mismo;
 no es el fuego sagrado
 que da Bosuet á tu severa Musa,
 si á la impiedad acusa;
 no es la consoladora poesía
 que parece en tus versos voz lejana
 de los santos conciertos de Atalia.
 Lo que cantó tu lira soberana
 es la divina religión, hermana
 de la gloriosa libertad. Del cielo,
 en la diestra la antorcha luminosa,
 descendieron las dos con igual vuelo
 á romper al esclavo las cadenas
 y dar feliz consuelo
 á las humanas penas.
 Han llorado las dos sobre las tumbas;
 las dos desde el profundo
 seno de las sombrías catacumbas,
 aparecieron con igual bandera

para dar luz al mundo.
 La una, al martirio le pidió la palma;
 á quien gime y suspira
 con esperanzas celestiales calma;
 dicta el perdón á Guisa moribundo;
 de tolerante amor inunda el alma
 á Fenelón; inspira
 á Vicente Paúl; la sepultura
 sagrada abre á Voltaire; en llama pura
 de caridad el corazón abrasa
 de esos ángeles puros de la tierra,
 que sin poner al sacrificio tasa,
 se ofrecen á la peste y á la guerra
 por salvar al enfermo y al herido,
 ó á morir ayudarles. Bien ceñido
 la otra el casco marcial, bajo su planta
 todo yugo quebranta;
 á Milciades sonríe; voz de trueno
 á Demóstenes da; lauros de gloria
 á Washington, y ofrece igual victoria
 al renaciente heleno,
 cuyo rostro ilumina
 el sol de Maratón y Salamina,
 á quien la Europa abandonó cobarde,
 y un poeta inmortal de pecho fuerte
 corre á ayudar con generoso alarde;
 al pueblo que luchando con su suerte,
 libre ha de ser, pues en la lid guerrera
 busca el triunfo ó la muerte.

Ven, y sin condenar, oh noble amigo,
 el culto que inflamó tu alma sincera,
 ni la fe que yo abrigo,
 al pie postrados de las dos hermanas
 que son nuestras deidades sobrehumanas,
 renovemos la santa pleitesia.
 Hermanados como ellas, la luz pura
 de su mirada sea nuestra guía;
 denos sus alas protección segura,
 y presentando al mundo digno ejemplo,
 por diferentes sendas
 acudamos los dos al mismo templo,
 y en altares cercanos
 rindamos á la vez nuestras ofrendas
 sin desunir las fraternales manos.

JUAN REBOUL

EL ANGEL Y EL NIÑO

Un ángel sobre una cuna
inclinándose risueño,
mirar parece su imagen
como en límpido arroyuelo.

—«Niño, que á mi te semejas,
murmura con blando acento,
ven y seremos felices,
no es digno de ti este suelo.

»No hay en él goce cumplido,
ni placer sin sufrimiento;
tiene el júbilo tristezas;
va el suspiro tras el beso.

»Turba el temor los festines;
si un día brilla sereno,
su serenidad no afirma
para mañana el buen tiempo.

»¿Por qué han de nublar tu frente
tan pura, dudas y anhelos?

¿Por qué ha de empañar el llanto
tus ojos de azul de cielo?

»Ven, y al celestial espacio
los dos nos remontaremos;
Dios te perdona los días
del vivir pesado y tético.

»Cuando tu hogar abandones
nadie en él vista de negro;
saluden tu hora postrera
como tu primer momento.

»Nada en tu feliz partida
recuerde tumbas ni féretros;
para una vida inocente,
lo más hermoso es su término.»

El ángel, las blancas alas
abre, levantando el vuelo;
á las alturas se encumbra...
¡Pobre madre! ¡Tu hijo ha muerto!

JAVIER MARMIER

LA MELANCOLÍA

Conozco una doncella
hija del Septentrion lóbrego y frío;
su frente obscureció triste sombrío
de mortal palidez; pero es muy bella.
Ama la soledad: cuando desmaya
la tarde, y reina halagador misterio,
medita en el callado cementerio,
la selva fosca ó la desierta playa.
Cuando la hermosa primavera aviva
todas las esperanzas, pensativa
ella marcha, inclinada la cabeza;
pero es tanta su gracia y gentileza
que tras ella, anhelante,
vais cual si fuese vuestra dulce amante.

Yo, con loco transporte,
seguí á la virgen pálida del Norte
por la playa y el bosque tenebroso.
Desde entonces, turbando mi reposo,
á mi viene, lo mismo en el profundo
sosiego de los campos deleitoso,
que en el revuelto tráfigo del mundo.

Huya prudente de ella
quien en gustosa paz vivir ansía;
esa triste y bellísima doncella
es la Melancolía.
Su mirada, de lúgubre embeleso,
la placidez de nuestra vida trunca;
quien recibió una vez su mudo beso
ya no lo olvida nunca.